

EL DEFENSOR DEL OBRERO

Suspiros de amor

Otra vez, Hermosura de cuanto ha sido creado, luz de cónicos resplandores, que iluminas las sombras de este miserable mundo, acudimos a Ti, para rendirte pleitesía, como a nuestra Soberana; para depositar en tu maternal regazo los más delicados amores de nuestro rendido corazón hacia Ti, que eres fuente de consoladoras misericordias en favor de tus hijos: *Regina, Mater misericordiae.*

Caro como de méritos; y nuestra indignidad contrasta con los grandiosos carismas de que fuiste enriquecida para ser constituida en Templo de Dios, recamado con el oro purísimo de la gracia, desde el primer momento de tu Concepción sin mancha; pero eres la Madre, la Vida, la Dulzura, la Esperanza de los míseros pecadores, y esto nos alienta para llegar hasta Ti, y, más con el corazón que con los labios, saludarte con arrobamientos de encendido amor: *Vita, dulcedo, spes nostra.*

Eres la gloria de cuantos moran en la Jerusalén eterna y te aclaman sin cesar postrados ante el trono de majestad y de poder que te forman las puras alas de los más abrasados serafines. *Estis in alegría de Israel, de esta desdichada descendencia de Adán, pecador que vaga por el desierto de la vida. Eres, en fin, la escogida presea, el honor más esclarecido del pueblo hispano que te adora: Tu gloria Jerusalem; Tu laetitia Israel; Tu honorificentia populi nostri.*

A ti acudimos en el día de tu Concepción Inmaculada; y, pues eres la Madre benditísima del Fuerte de Israel, alienta nuestras plumas, y nuestros corazones; ilumina nuestra mente, Tú, que eres el alba esplendorosa del Sol de Justicia... y no nos desampares al contemplar nuestra miseria, no nos abandones cuando, en el fragor de la pelea contra los enemigos insidiosos de tu Hijo y de tu Patria, se apodere de nuestros pechos la pusillanidad: *accurre miseris, iuva pusillanimes, refove debiles.*

Levántate, Virgen, preclara de Judá, y no permitas que tu Nación predilecta caiga ante los furiosos embates repetidos del error y de la impiedad. Con tu purísimo planta, sujeta la cabeza de la fiera revolucionaria, y aplástala para que tus delicias maternales echen ondas rítmicas en los hidalgos corazones de los españoles y que tu herencia más querida consiga días de paz y de ventura, bajo la fúlgida y resplandeciente antorcha de la fe: *In electis tuis mitte adices.*

Capitana gloriosa e invencible de los ejércitos españoles, haz que siempre achemos al amparo de tu radiante tanto azul, símbolo de cónicos esperanzas; y, si caemos en la batalla, que tu recuerdo amoroso sea lo que ocupe nuestro último pensamiento, tu dulce, más dulce que la miel, sea la últi-

ma palabra que pronuncien nuestros labios ¡oh María preservada de pecado!

Escucha nuestro ruego; y escúla con tu protección a quienes con las plumas venimos combatiendo por la gloria de Dios, por tu honra y por el bien de la Patria.

LA REDACCIÓN.

A María Inmaculada

Aparta de tus ojos la nube perfumada que el resplandor nos vela que tu semblante

(da, y tiéndenos, María, tu maternal mirada, donde la paz, la vida y el paraíso está.

Tú, bálsamo de mirra; tú, cálix de pureza; tú, flor del paraíso y de los astros luz, escudo y amparo de la mortal flaqueza por la divina sangre del que murió en la cruz.

Tú eres, ¡oh María! un faro de esperanza que brilla de la vida junto al revuelto mar, y hacia tu luz bendita desfallecido avanza el naufrago que anhela en el Edén tocar.

Impela, ¡oh Madre augusta! tu soplo soberano

(no la destrozada vela de mi infeliz bate!; enseñale su rumbo con compasiva mano, no dejes que se pierda mi corazón en él;

ZORILLA

Estudios Sociales

Educación e instrucción de la mujer

¿Qué vocatio más hermosa el que encabeza este modesto trabajo? ¿Habéis visto cosa más hermosa, de mayor agrado y atractivo que la mujer educada e instruida? Sí; la mujer; la descendiente de Eva; la sal que evita que la familia se corrompa; la antorcha cuyos rayos refulgentes iluminan el hogar doméstico; la que evita el desorden y desquiciamiento, poniendo en su lugar, el orden, el sosiego y la paz. Esta sí es la verdadera mujer; mas para que se la puedan dar todos estos calificativos, preciso es que adornen a la mujer muchas prendas.

Hay no obstante, padres que consienten que sus tiernas hijas lean novelas en las que se desarrollan escenas que para nada les hace falta saber, y no comprenden que éstas se graban en sus almas con huellas imborrables y de funestas consecuencias, pues la novela calienta la cabeza y entibia el corazón, y, como magistralmente lo dice el insigne Pedagogo don Pedro Díaz Muñoz, «convierte a las jóvenes en levadura de románticas damiselas que sólo aspiran a ostentar su orgullo, su vanidad, la negligencia en el cumplimiento de sus trascendentales obligaciones y la idea soñadora de irrealizables aventuras.»

En todo hay excepciones, y por consiguiente no podemos condenar todas las novelas. Me quiero aconsejar a los padres que pongan en manos de sus tiernas hijas novelas morales, aquellas que se relacionan y están en armonía con las enseñanzas de la Religión; que las niñas y sobre todo las jóvenes vean en aquellas escenas, actos de heroísmo religioso, de amor patrio, de amor pa-

ternal y por último de todos aquellos sentimientos que alimenten su alma y su corazón con máximas y ejemplos sublimes.

También los padres las llevan al teatro. Si éste fuera la escuela de buenas costumbres, como lo han dicho aquellos preclaros hombres de nuestro siglo de oro literario, podría enhorabuena tolerarse, mas por desgracia se ha puesto tan bajo, ha descendido tanto, es tan inmoral, que más que un teatro a donde se debía ir a aprender y dar un rato de expansión a nuestro espíritu, es escuela que enseña a mal vivir y adiestra en las hazañas de la deshonestidad y de la desmoralización. Y para más comprobarlo leer detenidamente al criminalista Soldevila:

«En el teatro, se representan escenas inconcebibles; bufonadas insustanciales; la estética impúdica de las actrices, y el encarnio de lo que más sagrado debe existir dentro del hogar, todo ello salpicado con chistes burdos y obscenos.

Verdad es que también hay excepciones, pero son los menos los espectáculos que los merecen.

Si los padres meditasen muy detenidamente sobre esto y viesen que todos los movimientos, gestos, ademanes, palabras intencionales de fácil solución; todo ello se graba en el alma de las niñas tan íntimamente que difícil es que la impresión desaparezca, y que luego se reúnen con sus compañeras, y entre comentarios y desdiciendo aquellas palabras que no entendieron pasan la mayor parte del tiempo, en vez de dedicarse a cosas más provechosas, no serían tan ligeros para llevar al teatro a sus hijos.

¿Debe cifrarse la educación e instrucción de la joven de hoy, la mujer de mañana, en saber explicar muchas novelas, en contar que han visto muchas zarzuelas, en demostrar su lujo, en vestir a la moda, en aparentar ser mujer antes de tiempo? No; eso no es la misión de la joven, y por lo tanto no saben los padres que con esto hacen de sus hijas seres desgraciados en la sociedad.

Antes al contrario, que coadyuven las madres con las Profesoras, a que les enseñen a bordar, pintar, etc., no se crea que estas labores opino deban relegarse; pero después que las niñas sepan coser, cortar, y arreglar prendas de vestir y punto de media; así que sepan hacer dobladillos, bastilla, punto por cima, pespantes, vainica, costura a la española y francesa, zuroir y coser piezas; y entonces tendremos una verdadera mujer, y cuando se haga cargo de su hogar, sabrá desempeñar su cometido a la vez que economizará, no necesitando de nadie. ¡Cuán armonioso es eso! Sí, padres de familia; medita detenidamente en asunto de tan trascendental importancia, y por desgracia muy descuidado por la mayoría; haced buenas madres de vuestras hijas y mu-

jeres útiles para sus propios trabajos, no muebles de lujo inservibles.

ADOLFO FROLES.

LA BOTICA DE LA LOCURA

La familia real estaba sumida en el mayor desconcielo. Los cortesanos desesperados, los médicos (los médicos, sobre todo), después de haber agotado el arsenal de los medicamentos, después de haber apelado a toda la farmacopea nacional y extranjera, se daban tirones de la peluca. Se hacían rogativas públicas por el enfermo, que cada día estaba peor. Y era éste nada menos que el heredero de la corona de Masulipatán, que estaba loco hacía algún tiempo.

Supo el rey que en uno de los más altos picos de una lejana montaña vivía un solitario, cuya edad nadie sabía, y que se ocupaba hacía más de doscientos años en estudiar el curso de los astros, y por ende predecía los acontecimientos y curaba las más raras enfermedades. Envióle el rey un muy atento recado, y vino el solitario y vió al príncipe. Fue el parecer de nuestro astrólogo que había un específico, medicamento heroico para la curación de la dolencia del príncipe, que unos doctores colocaban en la glándula pineal, otros en la aracnoides, y los más en la cuadrágésima octava circunvolución del cerebro.

—¿Y dónde está ese medicamento?— dijo prontamente el rey.

—Muy largo, señor; es decir, muy alto—contestó el solitario.

—Pues aunque esté en la cumbre del Himalaya...

—Mucho más alto; está en la luna.

—¿Y quién la ha de traer de ella?— dijo con angustia el rey.

—Nada más fácil. Yo tengo un condor que llevará montado en su cuello al que se atreva a ir, y con una cartamina para el farmacéutico, traerá el medicamento deseado.

—Pero ¿quién irá?... ¡Ah! Mi amigo y primer ministro, que ha educado al príncipe, el sabio Prudencio.

Era éste el hombre que pasaba por más cuerdo, sensato y discreto del reino; hombre sabio, que era el oráculo de la corte.

—Tú, Prudencio, tú—dijo el rey llamando a su ministro;—tú eres el más idóneo para el encargo.

—Iré gustoso—contestó únicamente Prudencio.

Marcháronse, pues, éste y el solitario. Llegados a la cumbre del monte en donde el astrólogo tenía su morada, visitada solamente por las águilas, llamó al condor, que era grande como un caballo y dócil como un cordero. Le colocó sobre el cuello una especie de asiento, y entregó a Prudencio una esquila para el boticario.

—¡Arriba!—gritó, y partió el condor como un rayo. En menos de tres